

Newton Compton Editores

Título original: *The Borgias. Bulls of Rome. Book One.*
Título de la edición italiana: *La saga dei Borgia vol. 1. Ascesa al potere*

© 2021, Newton Compton editori s.r.l.
© 2023, de la traducción por Begoña Prat Rojo
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-52-1

Código IBIC: FV

DL: B 12.356-2023

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Sergi Godia

Impreso en octubre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Alex Connor

La saga de los Borgia

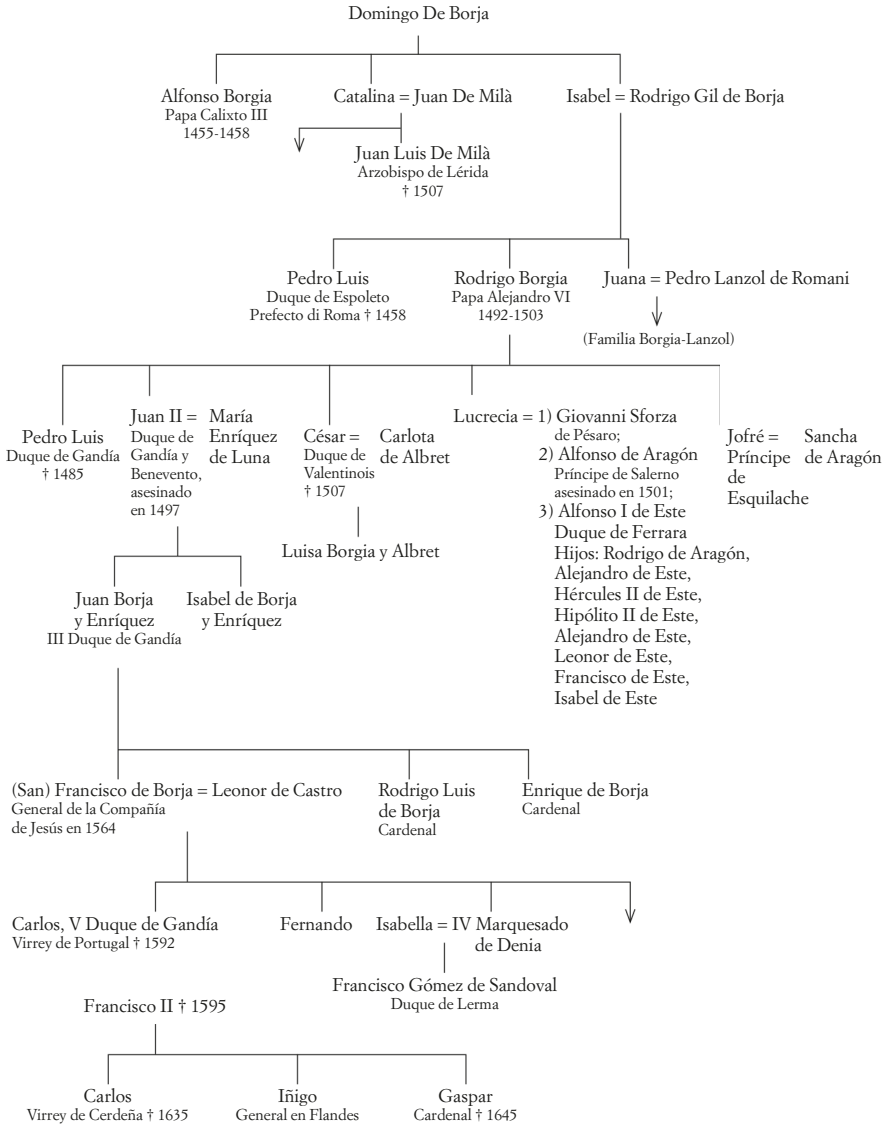
Lucha de poderes

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

ÁRBOL GENEALÓGICO FAMILIA BORGIA



«No existe ya crimen ni acto vergonzoso que no tenga lugar en público en Roma y en el hogar del pontífice. ¿Quién no se horrorizaría ante las [...] terribles y monstruosas muestras de lujuria que se consuman abiertamente en su presencia, sin respeto alguno por Dios ni por el hombre? Las violaciones y los actos incestuosos son incontables [y mientras] una gran cantidad de cortesanas frecuenta el Palacio Apostólico de San Pedro, en cada esquina de la ciudad pueden encontrarse alcahuetes, burdeles y prostíbulos».

JOHANNES BURCHARD,
maestro de ceremonias papal

«Ahora estamos bajo el poder de un lobo, tal vez el más voraz que el mundo haya visto nunca. Y, si no huimos, acabará inevitablemente devorándonos a todos».

GIOVANNI DI LORENZO DE MÉDICI,
hijo de Lorenzo el Magnífico

«Era el cadáver más feo, monstruoso y horrible que se ha visto nunca, sin ninguna forma ni apariencia de humanidad».

ANTONIO GIUSTINIAN,
embajador veneciano

PRÓLOGO

Y así comenzó mi trayecto, siendo apenas una mota entre la multitud de gente que se apiña y respira en las calles de Roma. Una mota que observa los engranajes dorados del politiquero papal; una mota iluminada por los cirios encendidos para la misa, apartada a empujones por cardenales coronados con sus solideos o sus birretas: casquetes para cubrir la coronilla que tanto se parecen a una calavera, aunque nunca he visto un cráneo del color de la sangre. Una mota que se escurre invisible bajo los soportales, que salta por encima del estiércol de los caballos y los excrementos humanos esparcidos por la calle; una mota que suda bajo el sol abrasador y el cruel bochorno de agosto. La misma mota que ahora, muchos años después de que llegara, sigue observando la obscenidad que tiene lugar ante sus ojos.

Permítanme explicarles lo abyecto que fue el final de este papa.

Después de que Roma se enterase de su muerte, la noticia de que tanto el pontífice como su hijo, César Borgia, habían caído gravemente enfermos tras cenar en casa del cardenal Adriano Castellesi despertó la sospecha de que los habían envenenado. Hubo incluso rumores de que los odiados Borgia se habían convertido por error en víctimas de su propio crimen. Yo no lo sé y no pretendo dejar ni un atisbo de mi opinión plasmado por escrito. Me limitaré a relatar el abominable y sórdido final del papa Alejandro VI. No obstante, también hay que dejar claro que la fiebre llevaba semanas asolando Roma, así que es posible que la naturaleza siguiera su curso y ocasionara así su fallecimiento.

Pero retomemos el hilo del relato.

Cinco cardenales presenciaron la muerte del papa y, cuando su último aliento abandonó el cuerpo de su padre, César despachó al leal esbirro de los Borgia, Micheletto, junto con su banda de asesinos.

Armados hasta los dientes, estos amenazaron con degollar al cardenal Jaime de Casanova a menos que les entregara las llaves del tesoro del pontífice. Aterrorizado, el cardenal se plegó a sus deseos y los hombres saquearon la plata y dos cofres que contenían cientos de miles de ducados. Mientras ellos se dedicaban a robar, los criados del Santo Padre arrasaron con el guardarropa papal y los apartamentos Borgia y dejaron tan sólo los tapices colgados de las paredes.

Y así comenzó a moverse el ignominioso cortejo fúnebre del pontífice desde el Vaticano hacia su tumba.

El último viaje del papa Alejandro VI fue tan tumultuoso como su vida. Se transportó el cuerpo desde su apartamento primero a la Capilla Sixtina y luego a la basílica. El odio que había despertado en vida se transformó en júbilo, a tal punto que varios de los guardias del palacio llegaron a robar las velas que rodeaban el cuerpo. Temiendo por su vida, los aterrorizados clérigos abandonaron el cuerpo del papa, huyeron de los soldados y se escondieron en la sacristía. Hizo falta la intervención del obispo de Sessa para recuperar el control del cadáver y trasladarlo de nuevo. Por miedo a que los detractores del pontífice profanaran el cuerpo, lo llevaron hasta la capilla de la entrada de la basílica y lo depositaron detrás de una reja de hierro, junto a los escalones de acceso. Y allí permaneció durante un tiempo, mientras las cuatro velas de cera que rodeaban el cuerpo se consumían con el paso de las horas.

El rostro y el cuerpo comenzaron a descomponerse velozmente.

Abandonado por su familia —ni César ni Lucrecia Borgia habían hecho acto de presencia—, los restos de Alejandro VI se trasladaron finalmente a la capilla de Santa Maria della Febbre y se colocaron en un rincón. Se encajó el féretro entre el muro y el altar. Allí fue donde lo vi por última vez y nunca olvidaré la abyección de la imagen. La cara del difunto pontífice ya se había vuelto negra, la boca se había engrosado hasta resultar repugnante, la lengua estaba doblada, la nariz y los labios hinchados y del color de los arándanos.

Soy fiel a la verdad cuando escribo que la carne había comenzado a descomponerse y el cuerpo estaba grotescamente hinchado. Los orificios habían quedado desobstruidos y los fluidos corporales escapaban del cadáver; la carne ennegrecida estaba abotagada, la piel se desgarraba en las articulaciones, en el sudario habían aparecido

manchas de pus. Los carpinteros no se habían tomado muy en serio su cometido papal y, al depositar al pontífice en su ataúd, se descubrió que este era demasiado estrecho y corto. Al ver que la barriga y los pies del cadáver sobresalían, un grupo de seis hombres formado por sepultureros y carpinteros se puso manos a la obra. Entre burlas obscenas, sacaron el cadáver del féretro y lo envolvieron en una alfombra vieja. Luego, con la respiración agitada y la boca abierta por el esfuerzo, forcejearon durante varios minutos con el cuerpo en descomposición, empujándolo y golpeándolo con los puños hasta que al final lograron meter el nauseabundo cadáver en la caja.

No quedaron velas ni cirios encendidos y ningún sacerdote veló el cuerpo del papa Alejandro VI.

Esto es lo que vi.

Esta es mi crónica.

Espero no volver a presenciar jamás algo igual.

PRIMERA PARTE EL ASCENSO

1490

Residencia de verano del cardenal Rodrigo Borgia Montes Apeninos

La tormenta de la semana anterior había levantado una de las tejas de terracota del tejado y la punta de la bota de César Borgia quedó atrapada bajo el borde dentado. Tras perder el equilibrio, el chico de quince años se inclinó hacia delante y, al no encontrar algo a lo que asirse para evitar su caída, se deslizó por el tejado y aterrizó en las losas del patio que había debajo. El grito que acompañó el vuelo y el ruido del golpe hicieron correr a los criados y a su padre, el cardenal Borgia, que se apresuró a acercarse a César y arrodillarse a su lado.

–César, hijo mío, ¿qué ha pasado? –Al principio ni siquiera entendió de dónde salía la sangre, luego vio un corte que recorría la pantorrilla izquierda del chico hasta su tobillo–. *Dottore! Dottore!* –gritó entonces a los criados que corrían hacia ellos. A continuación, el cardenal examinó la herida más de cerca y le dedicó una sonrisa a su hijo para tranquilizarlo–. Venga, que parece peor de lo que es. No es más que un rasguño, nada grave.

–¡Sí que es grave! –replicó César enfurecido al tiempo que se agarraba la pierna y la sangre empapaba sus calzones blancos.

–César, cálmate –contestó Rodrigo, que hizo un gesto con las manos para espantar a los criados, ayudó a su hijo a levantarse y lo llevó a un banco, donde estudió la herida, que era superficial–. De verdad, no es grave. En cualquier caso, ¿qué hacías en el tejado?

–¿Qué más da si no es grave?

El tono de su hijo era sarcástico, insolente.

–César, ten cuidado con lo que dices –repuso Rodrigo en tono de advertencia–. Soy tu padre y te quiero, pero no voy a permitir que me faltes al respeto.

Rodrigo siempre había consentido a los hijos que le había dado su amante, Vannozza. «Que le había dado», sí; siempre le había gustado esa expresión. Le había dado carne y sangre, espíritu y alma. Su mirada se centró de nuevo en César, que estaba sentado a su lado en silencio. Aquel hijo suyo era una fuente de preocupaciones. De niño era reservado, pero, a medida que crecía y se convertía en un adolescente, habían aflorado aspectos inesperados de su carácter. Una veleidad, una falta de diligencia, una fluctuación voluble entre la actividad frenética y la hosquedad. Arrogancia, en ocasiones. Su repentino desarrollo físico había pillado a todo el mundo por sorpresa. Ahora medía casi un metro ochenta, su voz se había vuelto grave y profunda y su mirada era intensa y retadora, y, aunque era delgado, a su cuerpo sólo le faltaba desarrollar los músculos para convertirse en una figura intimidante. A un niño se le podía tener bajo control, Rodrigo lo sabía, pero un César joven sería harina de otro costal, más todavía cuando fuera un hombre.

Recordó una conversación que había escuchado entre César y el pintor Pinturicchio, el «pequeño pintor», como era conocido. Un artista talentoso de aspecto simiesco al que Rodrigo había contratado para pintar un retrato de sus tres hijos mayores.

–Me pregunto por qué mi padre no ha empleado a un artista más famoso, alguien digno de pintar a un Borgia –había dicho César, que en ese momento tenía trece años, mientras contemplaba a la pequeña figura, que vestía un guardapolvo de un lino tosco–. Pinturicchio, pequeño pintor. Sin duda eres pequeño. ¿Tu talento también lo es?

–Mis padres son los responsables de mi altura, joven Borgia. Pero es Dios quien me ha concedido mi talento. Y quienes lo han juzgado no lo consideran desdeñable.

–Sin embargo, he oído hablar poco de ti, mientras que de Leonardo da Vinci se dicen maravillas. Toda Roma habla del genio florentino.

–Sin duda Da Vinci es extraordinario –había respondido Pinturicchio, nervioso–. No obstante, he trabajado para muchos

clientes ilustres en Roma que han quedado satisfechos con mi trabajo. Ayudé al genio Perugino en la realización de los frescos de la Capilla Sixtina –continuó, esforzándose por conservar la jovialidad– y varios miembros de la familia Della Rovere me han contratado para decorar una serie de capillas en la Basílica de Santa María del Popolo.

La enemistad entre Rodrigo Borgia y el cardenal Della Rovere se conocía en toda Roma y César captó la indirecta, a la que respondió hábilmente con una de su propia cosecha.

–¿Para decorar? ¿Así que eres un decorador?

–Un decorador al servicio de Dios.

–Dudo que Dios sea tan exigente como los Borgia.

Aquella conversación le vino a Rodrigo a la cabeza mientras observaba a su hijo y pensaba en el futuro. Durante treinta y cinco años, Rodrigo Borgia había servido a la Iglesia católica en Roma. Hombre de insaciable ambición e impresionante paciencia, durante más de tres décadas había sido apreciado por sus habilidades administrativas. Había sido testigo de las intrigas políticas y las luchas internas que se libraban en los sinuosos pasillos del Vaticano, había descubierto qué cardenales gozaban de privilegios y cuáles eran desplazados y, mientras tanto, había conspirado. Su plan había comenzado siendo poco más que una idea peregrina, pero, después de treinta y cinco años, se había vuelto tan real para Rodrigo Borgia como los adoquines romanos bajo sus pies.

Gracias al poder que obtendría una vez que se convirtiera en papa, Rodrigo Borgia se aseguraría de transformar la Santa Iglesia católica. Porque sin duda iba a ser elegido papa cuando falleciese el actual pontífice. Su tío había sido el papa Calixto III, reflexionó Rodrigo, así que ¿por qué no iba a haber otro pontífice en la familia Borgia? Por supuesto que muchos se opondrían a su ascenso, tendría que superar numerosos obstáculos y untar incontables manos, así como enfrentarse a los cardenales que aborrecían la idea de que hubiera un papa español, a pesar de que el actual pontífice fuera de origen griego. Por desgracia para ellos, la salud física y espiritual de Inocencio VIII no era buena y su irresponsabilidad al gastar el dinero de las arcas papales lo había obligado a vender su mitra para pagar la limosna del Domingo de Ramos.

Sin embargo, el papa aún no había muerto. De hecho, ni siquiera estaba cerca de la muerte. A pesar de sus treinta y cinco años de servicio, Rodrigo sabía que aún tendría que esperar más. Claro que, después de llevar el arnés clerical durante tanto tiempo, ¿qué importaban unos años más si al final acababa coronado con la tiara papal?

Rodrigo echó un vistazo al patio y contempló el tejado inclinado. César había caído casi desde cuatro metros de altura. Podría haberse fracturado la pierna o el cuello. Se estremeció al pensarlo. A lo mejor su prolongada espera era un regalo divino para que le diera tiempo de preparar a sus hijos, pues las ambiciones del cardenal no se limitaban a coronarse papa. Su intención era crear un imperio, construido meticulosamente sobre la base de alianzas y tratados políticos. Él sería el hombre que recogería la captura de las redes de pesca sumergidas en una miríada de estanques dispersos por toda Italia, que pronto constituirían su propio y abundante océano.

Un hombre que ostentara tal poder necesitaba aliados, ¿y quién mejor que sus hijos para ese papel?

Rodrigo tocó con delicadeza la herida de la pantorrilla de su hijo, que casi había dejado de sangrar.

–Se está cerrando –dijo–. Ya no eres un niño, César, y un hombre debe ocultar sus sentimientos, no dejar nunca que los demás se den cuenta de que algo le duele.

–¿Aunque le duela?

–Sobre todo cuando le duele –repuso Rodrigo.

César lo miró con expresión desafiante.

–Pues yo os he visto llorar y mi madre no os riñe. Os he visto llorar al escuchar música...

Exasperado, Rodrigo adoptó un tono más serio al tiempo que se alisaba el ropaje.

–Hace ya varios meses que quiero hablar contigo, pero tu madre me decía que era mejor esperar. Ahora sé que ha llegado el momento. Tengo planes para mis hijos, planes entre los que no se incluye que mi hijo se caiga del tejado.

–Estaba intentando atrapar a uno de mis pájaros.

–¿Y estás dispuesto a romperte el cuello por un halcón?

–Si hubiera sido Juan, seguro que lo habríais elogiado por su valentía.

–¡No estamos hablando de tu hermano!

–Me imagino que eso os duele –replicó César, aguantando la mirada furiosa de su padre.

Rodrigo tomó aire y dominó su ira antes de continuar.

–Ya eres lo bastante mayor como para prepararte para lo que se acerca. Tenemos que hablar de nuestro futuro, del futuro de toda la familia. Del futuro de los Borgia.

Guardó silencio un momento y a continuación hizo señas a una figura resguardada bajo el pórtico, un hombre de corpulencia maciza e impresionante altura que se acercó y proyectó su sombra sobre el cardenal y su hijo. Miguel de Corella, al que llamaban Micheletto, era originario de España, aunque su condición de mercenario lo había llevado a recorrer Europa al servicio de diversos patrones, así que no tenía un hogar permanente. Su reputación como soldado le precedía y, a pesar de su volumen, tenía unos reflejos muy rápidos y era hábil tanto con la espada como con el puñal. Y en los últimos tiempos Rodrigo había oído rumores sobre la destreza de Micheletto con el garrote y no podía sino creérselos. Como sicario, su capacidad de matar de forma rápida y silenciosa rebanando el cuello de su víctima era una cualidad inestimable.

Rodrigo lo conocía desde hacía muchos años. Por lo que sabía, el español no era un rufián pendenciero, como tantos sospechaban, sino el hijo ilegítimo de una familia aristocrática. Un hombre que había recibido una educación excelente, con firmes creencias religiosas y una devoción que rayaba en el fervor. La convicción de ser un instrumento al servicio de Dios lo convertía en un combatiente feroz. Mientras viviese, Micheletto defendería con rigor la Iglesia católica romana; si moría, su recompensa le llegaría en el más allá. Un cardenal podía contratarlo, un rey podía emplearlo y un papa podía convertirlo en su aliado, pero el único que poseía a Miguel de Corella era Dios.

Si un hombre sin ningún miedo era un arma poderosa, un hombre con una lealtad total a la Iglesia católica y al papa podía ser letal.

Rodrigo se había asegurado de que sus dos hijos y su hija Lucrecia recibieran la mejor educación. Su tercer hijo varón, Jofré, era sólo

un niño, pero a su debido tiempo también él seguiría la tradición familiar. Todos ellos habían recibido formación en el campo de la política, la filosofía, el arte, la astronomía y, por supuesto, la religión. César, que había asistido a dos universidades y había impresionado a sus tutores, era extremadamente inteligente. Pero, si bien aprendía con gran rapidez, se aburría aún más rápido. Juan, en cambio, tenía poca inclinación por los debates y el estudio y lo que le interesaba era el arte de la guerra. Con sólo doce años ya asediaba a preguntas a su padre y a los soldados acerca de sus batallas; anhelaba conocer los detalles y se jactaba de que un día sería un combatiente famoso.

Pero eso formaba parte del futuro. Y, como bien sabía Rodrigo, para que pudiera existir un futuro había que preparar el presente.

—César, te presento a Micheletto. Ha venido a enseñarte a manejar la espada.

—Ya tengo un profesor de esgrima —repuso César con una expresión hostil mientras lanzaba una mirada al desconocido.

—¡Vigila ese lengua! —le espetó el cardenal—. A partir de ahora Micheletto va a vivir con nosotros para ser tu maestro y también nuestro guardaespaldas.

—¿Y para qué necesitamos uno?

—Quiero empezar a pensar en nuestro futuro. Y en protegerlo.

—¿De los cardenales de San Pedro? —preguntó César al tiempo que se levantaba del banco y estudiaba a Micheletto—. ¿Será capaz de hacerlo un solo hombre? ¿Será capaz de hacerlo este hombre en particular?

—Es un aliado, un amigo de la familia.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —replicó César con expresión combativa—. ¿No decís siempre que no podemos confiar en nadie?

—Lo conozco bien.

—Entonces estamos a salvo —repuso César en tono sarcástico.

La tensión entre el padre y el hijo resultaba palpable en el húmedo aire estival y pasaron unos momentos antes de que Rodrigo volviera a hablar.

—Te sangra la pierna, deberías ir a que te la curen —dijo al tiempo que se ponía en pie y se enfrentaba a César—. ¿Por qué siempre me desafías? Eres mi hijo.

–Y él –César señaló al desconocido– no es vuestro hijo y aun así lo vais a acoger en nuestra familia. Me gustaría saber por qué. Y me gustaría entender por qué me va a hacer de niñera. No soy un niño.

–Eres mi niño. Mi hijo. Eres mi mina de oro. –Agotada su paciencia, Rodrigo agarró a su hijo del brazo y luego señaló su pierna–. La herida ha vuelto a sangrar. No hay motivo alguno para no ocuparse de ella ahora y esperar a que se infecte. –Se agachó rápidamente y tocó el corte, con lo que se impregnó de sangre el dedo índice. Luego, en un remedo de bendición, dibujó una cruz en la frente de César–. La sangre lo es todo.

Molesto, César se soltó y trató de borrar la marca.

–¡No! –exclamó Rodrigo con brusquedad al tiempo que aprensaba su mano–. Ahora me vas a escuchar y no discutas conmigo, César. A partir de hoy me obedecerás y confiarás en mí, porque sólo yo sé qué es lo que más nos conviene a todos. –Miró a su hijo a los ojos–. La sangre lo es todo. La sangre que compartimos, la sangre que, en el nombre de Dios, es posible que derramemos. La sangre es vida. Y muerte.

Una pesada nube ocultó el sol y sumió el patio en una semipe-numbra y el cardenal Rodrigo Borgia alzó la vista hacia el cielo, alarmado. A continuación, contempló la sangre de su dedo y la cruz que había pintado en la frente de su hijo y tuvo un mal presentimiento.

El presagio de un futuro del que ninguno de ellos podría escapar.

De pie en el pórtico, Miguel de Corella también vio cómo se oscurecía el cielo, pero no le prestó atención. Cuando el cardenal Borgia le envió la invitación para que se reuniera con él en Italia, no dudó ni un segundo. El cardenal era rico, ambicioso, laborioso y, por encima de todo, un español que podía convertirse en papa. Para Micheletto, cuya alma estaba entregada a la religión, era un panorama que esperaba que se cumpliera y haría lo que fuera para ayudarlo a conseguirlo.

La hacienda de Rodrigo Borgia, que se encontraba a un día de camino de Roma, había sido un regalo de su tío, el papa Calixto III, y consistía en una enorme casa y varias hectáreas de tierra fértil que se habían transformado en un opulento refugio campestre para el cardenal, su amante Vannozza Cattanei y sus cuatro hijos. Además del hincapié que hacía en la educación, Rodrigo también animaba a sus hijos varones a cazar, una actividad de la que él disfrutaba enormemente. En España, de joven, había sido un torero temerario y sus dos hijos habían heredado su destreza, aunque esta era más evidente en César.

Protegido siempre por otros dos toreros, que se aseguraban de que no recibiera una herida grave, César se enfrentaba a la bestia y la miraba a los ojos, retándola a que cargase contra él. Cuando esta lo hacía, arqueaba el cuerpo para esquivar la embestida y luego clavaba una lanza en el lomo del animal. La tarea de descabellar al toro dándole la puntilla en la cerviz para atravesar la médula corría a cargo de toreros más experimentados, pero era César quien le cortaba las orejas y las sostenía en alto a modo de trofeo. Era un español de pura cepa.

Micheletto se había enterado de todos esos detalles a través de viajeros españoles que habían visitado a Rodrigo Borgia y su fami-

lia, viajeros ansiosos por volver a casa y describir la vasta fortuna y el esplendor de su compatriota. El hombre que iba a ser papa.

Y, sin embargo, el mercenario pensaba que aquel joven supuestamente «valiente» con la cara marcada con una cruz en la frente era voluble como una mujer. Micheletto recordó cuando él tenía quince años: con un cuerpo ya descomunal, sus hazañas en el ruedo habían sido la comidilla de Valencia. Se decía que podía someter a un toro cogiéndolo por los cuernos y obligándolo a agacharse, pero ese era tan sólo un rumor del populacho, que quería convertir en héroe a un descendiente ilegítimo de una familia noble. El mismo bastardo cuya intrepidez lo había llevado a marcharse de su hogar a los quince años. Durante los años que siguieron, Micheletto se había acercado a cualquiera que defendiese la Iglesia y, como mercenario, como asesino, había alquilado su espada para luchar en el bando de los santos. Despiadado, implacable y fanático.

—Micheletto —lo llamó Rodrigo cuando se quedaron solos después de que César entrase en la casa—, venid a sentaros conmigo. ¿Os han dado de comer?

El hombre asintió.

—He tomado algo de pan y queso.

—¡Eso es comida de campesinos! Tenemos carne de caza y aves de corral, y vino. —Le dio una palmada en el hombro—. No habéis llegado a ser un ejemplar tan magnífico a base de pan y queso. Os he abierto las puertas de mi casa, así que podéis pedir lo que queráis, ¿me oís?

—Quizá.

Rodrigo se echó a reír.

—Ah, es verdad, ¡recuerdo vuestra prudencia! No sois de los que hablan por hablar, como otros hombres, y eso me gusta. —Tras ajustarse el solideo rojo como la sangre sobre su abundante cabellera, el cardenal continuó—: Como he dicho antes, necesito un guardaespaldas para mi familia. Aunque no hemos recibido una amenaza directa, mis hijos han alcanzado la edad en la que los jóvenes se rebelan contra sus padres. Juan está siempre metido en peleas, es propenso a ofenderse y, aunque no lo insulten directamente, reacciona igual. Yo no le quitaría el ojo de encima.

—¿Y César?

–Quién sabe lo que se le pasa por la cabeza. Tan pronto se comporta como un soldado que se muestra manso como un monje. –Rodrigo se encogió de hombros–. Debo confiaros algo, Micheletto, pues no quiero que haya secretos entre nosotros. César estará resentido con vos y tratará de poner os obstáculos, pero tenéis mi permiso para ponerle el arnés.

La expresión cogió a Micheletto por sorpresa, aunque su rostro permaneció impertérrito. A pesar de sus modales cordiales y joviales, había una maldad oculta en Rodrigo Borgia. Al mercenario no le resultaba chocante tal dualidad; había estado al servicio de duques y reyes que le habían parecido encantadores de un modo siniestro. La ambición agriaba la bondad y, en el nido de víboras que era el Vaticano, la debilidad se recompensaba con la destrucción, la imparcialidad con el exilio y la bondad con una puñalada por la espalda.

–Respecto a mis ambiciones –continuó Rodrigo–, no es ningún secreto que tengo la mira puesta en la corona papal y la glorificación de la Iglesia católica. El papa Inocencio VIII apoya a las personas equivocadas por los motivos equivocados, y mientras tanto dilapidada las arcas del papado.

Tal y como esperaba, aquellas palabras captaron la atención de Micheletto. Era bien sabido que el papa estaba derrochando los fondos de la Iglesia con planes de cruzadas que nunca se materializaban y las noticias sobre su irresponsabilidad se habían difundido no sólo por la península itálica, sino también más allá de sus fronteras.

–Se dedica a vender títulos y negociar privilegios –prosiguió el cardenal–. ¿Acaso es ese el propósito con el que se fundó la Iglesia?

–Este no es el primer papa que intercambia favores.

–Lo que decís es cierto, muy cierto –contestó Rodrigo, que no estaba seguro de si las palabras de Micheletto tenían un trasfondo oculto. Haría bien en recordar que el mercenario no sólo era osado, sino también astuto. Hizo una pausa y, antes de continuar, se preguntó si había cometido un error al acoger al español en el seno de su familia–. Creo que mi destino, mi misión, es reformar la Iglesia católica y me gustaría tener a un hombre a mi lado en el que pueda confiar.

–¿Y es eso lo que me pedís?

–Así es. Y también lealtad absoluta –contestó el cardenal y le lanzó una mirada penetrante con sus ojos marrones–. Sois un mercenario y un asesino, pero, por encima de todo, sois un creyente entregado a Dios. Lo que quiero es que pongáis vuestro talento al servicio de la Iglesia. Y con eso me refiero al servicio de aquellos que sostienen y respetan la sacralidad de la Iglesia católica. Cuando sea papa –se inclinó hacia Micheletto y las sombras de ambos se proyectaron sobre las losas descoloridas, frente a ellos–, y que no os quepa duda de que seré el próximo papa, necesitaré a un hombre dispuesto a morir por sus creencias.

–Ya sabéis que, en mi caso, así es.

Rodrigo asintió.

–Por supuesto que lo sé. Y ahora tengo que abordar también el asunto de la educación de mis hijos. Los varones se pelean a menudo: son muy distintos y no parecen estar muy unidos. Es culpa mía y de su madre, los hemos consentido demasiado. Pero eso se ha acabado. Por su propio bien, y por el bien de su futuro, hay que llevarlos a sus respectivos rediles, como a los corderos de Cristo. A Juan, para que sea un soldado y defienda a la Iglesia con su espada; a César, para que sea un clérigo y mantenga la soberanía de San Pedro desde dentro. –Entornó los ojos mientras estudiaba a su interlocutor–. ¿Entendéis lo que os estoy pidiendo?

–No, Vuestra Eminencia –se limitó a responder Micheletto.

–Volvedlos brutales.

Micheletto frunció el ceño.

–Sigo sin entender, Vuestra Eminencia.

–Volvedlos brutales –repitió Rodrigo–. Volvedlos feroces. Yo no puedo hacerlo, los quiero demasiado. Vos, en cambio, podéis curtirlos. Podéis infundirles coraje. Destruir su juventud, obligarlos a reconocer cuál es su deber y que lo abracen con orgullo.

–Hay ciertas enseñanzas que tienen un precio muy alto.

–Os pagaré lo que me pidáis.

Micheletto ignoró sus palabras.

–No hablo de dinero, Vuestra Eminencia. Doblegar un carácter para darle una forma que no adoptaría espontáneamente significa desafiar las leyes de la naturaleza. Quizá incluso a Dios.

—Pero esto se hace para servir a Dios—lo interrumpió Rodrigo—. Por favor, quiero que comprendáis lo que os estoy diciendo. Para devolver la gloria a la Iglesia hará falta más de un hombre. Más de un papa. Más de un plan. Mi intención es que mis hijos transformen Italia. Juan unificará los Estados enfrentados y César aplastará con puño de hierro a aquellos que socaven el poder papal. —Hizo una pausa, pero, al ver que Micheletto no contestaba, prosiguió—: El día que César cumplió quince años lo nombré obispo de Pamplona. Los demás cardenales murmuraron a mis espaldas, pero ¿quién va a cuestionar mis decisiones cuando el actual pontífice reparte sus favores como quien echa huesos a los perros?

—¿Y qué le pareció a vuestro hijo ese... ascenso? —preguntó Micheletto, escogiendo con cuidado la palabra.

—No tiene ningún interés en la religión.

—Eso es una desgracia, Vuestra Eminencia.

—Sí —convino Rodrigo—. César me preocupa. No sólo porque sea mi hijo, sino también porque no está preparado para la grandeza. Hay que forjarlo. Pasarlo por el fuego, como al acero. Hay que convertirlo en la espada del papado y para eso es necesario someter su resistencia.

Micheletto clavó la mirada en el cardenal.

—¿Queréis que quebrante su espíritu?

—¡Sólo si su espíritu va en contra de lo que es mejor para la Iglesia católica! —exclamó Rodrigo—. ¿Para qué sirve un espíritu si está descontrolado, si no tiene un propósito? ¿Para qué sirve un espíritu si se opone a las necesidades y ambiciones de su familia? —Hablaba en tono firme, apelando al fanatismo de Micheletto—. Dejad que César disfrute de su juventud. Que tenga rameras, corridas de toros, ataques de ira. Pero debéis obligar a ese rebelde a doblar la cerviz ante nuestra Madre Iglesia. Haced que vea vuestra fe, que la perciba. —Le dio unos golpecitos en el pecho y dejó la mano sobre su corazón—. Haced que sienta el deseo de servir.

—Vuestra Eminencia, no se puede obligar a un hombre a desear lo que no desea.

—¡Pues tenéis que hacerlo! —replicó Rodrigo con un tono de advertencia en la voz—. Haced lo que haga falta..., pero hacedlo.

—Entonces, ¿queréis que lo cambie?

Rodrigo asintió.

–¿Y si voy demasiado lejos?

–Imposible –contestó el cardenal en tono férreo–. Quiero que lo convirtáis en alguien despiadado. Quienes queremos servir a Dios no debemos albergar miedo alguno.

Micheletto asintió.

–Entendido, Vuestra Eminencia. ¿Qué hay de vuestro hijo menor, Jofré?

–Es una criatura. –Rodrigo sonrió y luego negó con la cabeza–. No, no es cierto, tengo que admitirlo. Ya tiene nueve años. Crece muy deprisa y dentro de nada será tan alto como sus hermanos. –Con un gesto triste, rehusó seguir hablando sobre el futuro de su hijo menor–. Todavía hay tiempo para Jofré. Seguirá siendo mi niño durante un tiempo más.

–Y vuestra hija, eminencia, ¿qué planes tenéis para ella? –preguntó Micheletto al tiempo que pensaba en el breve encuentro que había tenido con la hija de Rodrigo, Lucrecia, cuando se la habían presentado.

Era una chica de constitución magra, con la piel tan pálida como su pelo y las pestañas rubias. Una belleza a la que tal vez todavía le faltaba tiempo para florecer. O tal vez no. Era demasiado apagada. Su ausencia de color destacaba entre los varones de tez mediterránea de la familia. Micheletto se quedó pensando en ella un momento más, consciente de que Lucrecia los observaba desde una ventana del piso superior. La chica era como un espectro plateado en medio del terciopelo y el oro.

–Lucrecia es mi única hija y le tengo un gran cariño –dijo Rodrigo–. Y, aunque me da pavor sólo pensarlo, sé que algún día la veré bien casada.

–¿Con un aliado político?

–Con un aliado espiritual –repuso Rodrigo–. Somos siervos de Dios y, si él lo desea, yo me convertiré pronto en el vicario de Cristo.

–Rezo por que así sea, Vuestra Eminencia, y haré todo lo que esté en mis manos para que vuestros deseos se hagan realidad –dijo Micheletto, que procedió a levantarse del banco al ver que se acercaba uno de los consejeros del cardenal.

Tras besar el anillo que llevaba Rodrigo en uno de sus dedos, se retiró a las sombras del pórtico, consciente de que de esta manera quedaba fuera del campo de visión de Lucrecia. El hecho de que Rodrigo Borgia tuviera pensado utilizar a su hija en favor de sus ambiciones políticas no lo sorprendía. Todos los hombres de poder, tanto dentro como fuera de la Iglesia, sabían que a través de los matrimonios podían forjarse valiosas alianzas. Sin embargo, ¿en qué lugar quedarían sus hijos si el cardenal llegaba a ser papa? En la privacidad de su villa, Rodrigo Borgia podía reconocer que eran sus descendientes, pero, si se convertía en el vicario de Cristo, ¿cómo iba el pontífice, alguien supuestamente célibe, a alardear de sus bastardos entre los muros del Vaticano?

La moralidad del asunto no era algo que preocupase a Micheletto. Todos los cardenales, a menos que fueran ya ancianos, tenían amantes e hijos secretos. El mismísimo Inocencio VIII tenía descendientes, aunque estos no vivían en el corazón católico de Roma. Eran todos varones, no había hijas a las que utilizar como cebo para las intrigas del poder. Absorto en sus pensamientos, a Micheletto se le vino de nuevo Lucrecia a la cabeza. Era joven pero avispada, un poco ladina, con una inteligencia poco habitual para una niña de diez años. «Tal vez cuando crezca llegue a ser tan perspicaz como su padre», pensó. E incluso igual de ambiciosa. En cuanto a sus hermanos..., bueno, ellos eran otra historia.

Sin dejar de rumiar, Micheletto avanzó por el pórtico en sombra hacia la puerta de la cocina. Rodrigo Borgia era un hombre que amaba a sus hijos, eso era evidente, pero estaba tan ciego como un caballo de guerra con anteojeras; ciego hasta el punto de no haberse dado cuenta de que tenía a Caín y Abel bajo su propio techo.

Inquieta, Vannoza Cattanei hizo que le ensillaran una yegua y cabalgó hasta su propiedad, ubicada a varios kilómetros de la de Rodrigo Borgia. Era una villa más pequeña, pero le proporcionaba un ingreso independiente. Porque, a pesar de ser una mujer casada –Rodrigo había elegido a sus tres maridos–, Vannoza sabía que el destino era tan caprichoso como cualquier amante. Un político o una querida podían gozar de todos los favores un día y ser condenados al ostracismo al siguiente y ella no tenía intención de quedarse en la indigencia en caso de que las ambiciones eclesiásticas de Rodrigo se frustrasen.

Había quienes criticaban a Vannoza afirmando que en el pasado había sido una cortesana, pero eso sólo era cierto en parte. Aunque había tenido amantes fuera de sus tres matrimonios, en su vida había uno permanente: Rodrigo Borgia. Sabía que si lo había cautivado durante tantos años era gracias a una combinación de magnetismo e inteligencia. Su religiosidad era otra cosa que a él le resultaba atractiva. Vannoza era lo bastante lista para darse cuenta de que su devoción cristiana contribuía a tranquilizar la conciencia de Rodrigo; al fin y al cabo, una mujer piadosa no era una prostituta de las calles de Roma. Además, la devota madre de sus cuatro preciados hijos no era una pazuera a la que se pudiera desdeñar.

Vannoza desmontó y llevó a la yegua gris a un arroyo, donde el animal se puso a beber al tiempo que una neblina provocada por el calor estival cubría los árboles. Las moscas soñolientas del final del verano moteaban los juncos oscuros que crecían en la orilla y, mientras las cigarras cantaban escondidas entre la hierba alta, Vannoza se puso a pensar en el hombre que había llegado aquella mañana.

Miguel de Corella. También conocido como Micheletto.

El mero nombre bastaba para llenarla de miedo. Y, al ver su ancho rostro marcado por la sífilis y los ojos hundidos bajo unas cejas fruncidas en gesto amenazante, a Vannoza se le había hecho un nudo en el estómago. Por supuesto, conocía su reputación, que era mucho peor que la de otros mercenarios. Todos ellos eran perros que se vendían al mejor postor, pero ese hombre, el tal Micheletto, era algo más que un simple soldado de fortuna. Tenía una gran inteligencia y se rumoreaba que en sus viajes no se había limitado a luchar, sino que también se había dedicado al pillaje. Había soldados que robaban y violaban a mujeres y otros que bebían hasta perder el sentido después de un baño de sangre, pero este hombre estaba hecho de otra pasta.

Él no saqueaba para satisfacer los deseos carnales: lo que lo movía era el resentimiento.

Con su yegua cogida de las riendas, Vannoza echó a andar hacia una pequeña capilla. Al llegar, ató al animal a un árbol y a continuación se dirigió al edificio, que quedaba casi camuflado por la vegetación, como una madriguera. Ella misma había diseñado la capilla veinte años atrás para su uso personal. Nadie más tenía permiso para acceder a ella, aunque en una ocasión una paloma se había colado a través de una ventana rota que ahora ya se había reparado. Su estilo primitivo, sin apenas ornamentos, contrastaba abiertamente con la capilla privada del cardenal Borgia. Vannoza tuvo que apoyar todo su peso en la puerta arqueada para poder abrirla y luego entró.

La recibió el olor estival a calor mezclado con vestigios de la humedad del invierno y se dirigió al primer banco, atraída por el crucifijo de madera a tamaño real. Allí se santiguó para después arrodillarse, juntar las manos en oración y cerrar los ojos. Sin embargo, cuando trató de recitar el padrenuestro o el avemaría fue incapaz de recordarlos y se trabó con las palabras mientras las cuentas blancas del rosario que sostenía entre las manos brillaban como la nieve al sol.

—Te lo ruego, Señor. Protege a mi familia de ese hombre. Protégeme de ese español, Micheletto. Nunca he tenido más miedo de nadie en mi vida. Le tengo miedo porque no viene solo: trae la muerte con él.

En el exterior, la yegua relinchó y pateó la grava con los cascos para después piafar. La inquietud del animal le indicó que algo andaba mal, así que Vannoza se puso en pie. Escuchó un nuevo relincho, esta vez más alto, y de repente, sin más, el sonido se interrumpió y se hizo el silencio.

Vannoza se quedó inmóvil mientras las motas de polvo brillaban en el aire, iluminadas por los rayos de sol que entraban por las ventanas de la capilla, y las cuentas blancas del rosario relucían como canastillas de plata sobre la tela oscura de su vestido. Su respiración reverberaba en medio del silencio y aguzó el oído a la espera de otro sonido procedente del exterior.

–Protégeme, Señor. Defiéndeme, Señor. No me abandones, Señor.

Sin dejar de repetir la letanía, Vannoza se acercó a la puerta, tendió la mano hacia el pomo y vaciló. Luego tiró de la puerta para abrirla y salió a la luz del sol, que la cegó por un instante. Entonces se dio cuenta de que la yegua había desaparecido y de que ese sol sería su único compañero en el largo camino de regreso a casa.

No hacía falta que nadie le dijese quién había soltado a la yegua. Había sido Micheletto, el nuevo aliado del cardenal. Y el nuevo adversario de Vannoza. El fanático mercenario que, no le cabía duda, acabaría amenazando la placidez de su vida.

Y la de su familia.

–No entiendo cómo se te ha ocurrido hacer algo así –exclamó Rodrigo mientras miraba a Vannoza quitarse los zapatos polvorientos a causa de la tierra seca, con la cara sonrojada por el calor y el cuello cubierto de sudor–. ¿Por qué no has pedido un carruaje para que te llevara?

–Quería ir sola a mi capilla privada.

–¿Para qué?

–Para rezar, cardenal –replicó ella con una sonrisa mordaz–. ¿Acaso no es eso lo que se hace en tales lugares?

Él lanzó un suspiro.

–No me has avisado de que te marchabas. Estaba preocupado por ti –añadió al tiempo que se acercaba a ella y se sentaba a su lado

en la cama. Lentamente, le quitó una media deslizándola por su pierna izquierda y Vannoza levantó la otra pierna y lo contempló mientras él le acariciaba las pantorrillas—. Te has pegado una buena caminata, con el calor que hace. Debes de estar muy cansada. Te arde la piel. —Se inclinó y le besó las pantorrillas y luego los muslos antes de interrumpirse un momento para mirarla—. ¿Qué le ha pasado a tu yegua?

—No la he atado bien. Se habrá escapado.

—Ha regresado sin ti hace sólo unos minutos.

—Mi yegua conoce el camino a casa, igual que yo. Sabe dónde está a salvo —contestó Vannoza, que extendió los brazos hacia su amante y cambió de tema—. Me he pasado todo el camino de vuelta pensando en ti, amor mío. Con cada paso que daba sobre el polvo pensaba en ti y en cuánto te deseo. Porque aún te deseo; deseo tu olor y el tacto de tu cuerpo sobre el mío. —Deslizó la mano bajo las vestiduras del cardenal y le frotó el miembro, que ya estaba erecto—. Y veo que tú todavía me deseas, también.

—Nunca he dejado de hacerlo.

Con una carcajada, Vannoza se tumbó de espaldas mientras él se colocaba con rapidez sobre ella y la penetraba con una sensación de apremio. No tardó en llegar al clímax y su cuerpo sudado y agotado quedó tendido sobre el de ella, con la cabeza apoyada en su barriga. Vannoza le acarició el pelo con ternura. Era el momento perfecto para hablar con él, ahora que estaba manso como un gatito.

—¿Por qué has traído aquí a Miguel de Corella?

—Lo necesitamos —contestó Rodrigo con voz adormilada.

—¿Para qué?

—Micheletto trabajará de guardaespaldas y será el maestro de los chicos.

Vannoza se puso tensa, aunque siguió pasando la mano por el cabello de su amante.

—Nuestros hijos tienen preceptores y reciben una buena educación. Saben de arte y de ciencia y cultivan la caza y la esgrima. ¿Qué más van a aprender? Ya no les cabe nada en el cerebro —bromeó, intentando provocarlo—. Nuestros hijos están tan instruidos como cualquier otro vástago de la aristocracia italiana.

Rodrigo suspiró, se apartó de ella y se incorporó apoyándose en las almohadas para mirarla. No podía negar que Vannozza era hermosa, pero ya no tenía aquella frescura maleable que tanto admiraba en otras mujeres. Además, cuestionaba sus decisiones, algo que en el pasado le había parecido bien pero que ahora ya no le resultaba agradable. Ambos habían dejado atrás la juventud, sus hijos estaban creciendo y él debía ocuparse de planificar su futuro. Por mucho que amara a Vannozza, el papel que iba a desempeñar ella una vez que Rodrigo modificara su acuerdo no le iba a permitir conservar mucha autoridad. Tenía pensado decírselo, pero todavía no era el momento. Por ahora se lo guardaría para él y dejaría que su amante viviera en la ignorancia.

—Entiendo lo que intentas decirme. No obstante, nosotros no formamos parte de la aristocracia italiana, amor mío. Por las venas de nuestros hijos corre sangre española.

—¿Y también algo de sangre judía? —preguntó Vannozza arqueando las cejas—. Eso es lo que dicen.

—Pues no es cierto. Sabes muy bien que no tengo sangre judía —repuso él y se encogió de hombros—. Aunque no me importaría. Los judíos tienen mucha vista para los negocios y me iría bien tener a uno a mi servicio.

—No será porque tú no eres hábil con las finanzas, Rodrigo.

—Sí, se me dan bien —contestó él con un gesto de asentimiento—. La prueba son los treinta y cinco años que llevo al servicio de la Santa Iglesia. Aunque para qué ha servido, si ese palurdo que se hace llamar papa se está gastando todo nuestro dinero. Y, de paso, poniendo Roma en peligro.

—Querido —dijo ella en un intento de calmarlo—, eso no es responsabilidad tuya.

—Lo será cuando me convierta en papa. Si las cosas siguen por este camino, Inocencio VIII dejará la Iglesia esquilada.

Vannozza suspiró.

—No quiero que te conviertas en papa —dijo en tono afligido, aunque cauteloso— y sin embargo sé que lo serás. Conozco muy bien tus ambiciones, he convivido con ellas desde hace mucho tiempo. Para mí han representado una amenaza mayor que cualquiera de tus amantes.

Él le cogió la mano derecha y le dio un beso en la palma.

–Vannozza, sabes que eres la única mujer a la que amo.

–No pongo en duda que me ames. Pero un día te pareceré demasiado vieja y encontrarás a otras.

–Tú eres la madre de mis hijos, ¿cómo iba a dejar de amarte? –la regañó él en tono impaciente–. Además, aún eres hermosa.

Ella apoyó la cabeza en su hombro con la mano entrelazada con la del cardenal. Sí, pensó, seguía siendo hermosa. Era consciente de que los hombres la deseaban, de que la seguían con la mirada; no era que ella tratase de llamar su atención, aunque tampoco le molestaba. Le habría resultado muy fácil buscarse a otro amante para devolverle a Rodrigo sus muchos deslices. Sin embargo, eso habría sido una estupidez y Vannozza se caracterizaba por no ser estúpida. ¿Para qué iba a poner en riesgo su posición? Era la amante del cardenal Rodrigo Borgia, pero su papel se parecía más al de una mujer que el de muchas de las esposas que se veían obligadas a permanecer con sus maridos en Roma.

¿Acaso no se había asegurado su futuro conservando su propia casa, con todos sus terrenos? ¿Acaso no se había cerciorado de tener sus propios ingresos en caso de que un día la desterrasen? ¿Acaso no había demostrado ser una madre cariñosa para sus cuatro hijos? ¿Acaso no había sido la confidente de Rodrigo y lo había apoyado para hacer realidad todas sus ambiciones?

En ocasiones, cuando se tomaba tiempo para reflexionar y meditar sola en su pequeña capilla, en medio del frío invierno o con el calor sofocante del verano, se preguntaba si era buena idea apoyarlo tanto. Vannozza siempre se hacía preguntas. Rodrigo llevaba muchos años ambicionando coronarse con la tiara papal, pero en el pasado había sido un anhelo lejano. Ahora las cosas habían cambiado. Inocencio VIII se hacía mayor y su muerte ya no era un deseo distante sin base en el presente. Si Rodrigo acababa convirtiéndose en papa, ¿qué pasaría con su amante? Era difícil que Vannozza viviera en el Vaticano y sus hijos se vieran abocados a una situación más que incierta.

Hacía ya meses que estos pensamientos ocupaban su mente. No importaba lo que Rodrigo le dijese después de hacer el amor: Vannozza tenía la sensación de que su seguridad estaba en riesgo.

Perder el poder que tenía sobre Rodrigo le dolería, pero perder la influencia que ejercía sobre sus hijos la destrozaría.

–Te he escuchado hablar con Miguel de Corella –dijo con la cabeza todavía apoyada en el hombro de Rodrigo, cuya piel caliente le había sonrojado la mejilla–. Me pregunto por qué le estabas haciendo confidencias y también por qué no me has explicado a mí antes de qué se trata. Sabes que nunca me meto en tus asuntos, Rodrigo, pero por lo general sueles compartir conmigo lo que piensas.

Él estiró las piernas bien formadas y nutridas sobre la sábana. Tal vez estuviera engordando un poco, si bien tenía el mismo apetito voraz en la cama que en la mesa.

–Se te olvida que te comenté que iba a pedirle que viniera.

–Pero no me dijiste cuándo ni por qué. –Notó como él se ponía tenso y siguió hablando en un tono ligero para no irritarlo–: Estoy segura de que tienes una buena razón. Gracias a tu sabiduría hemos estado protegidos y no nos ha faltado de nada durante muchos años. No estoy poniendo en duda tu criterio –añadió con indolencia mientras se reclinaba en las almohadas y cruzaba los brazos en la nuca. La postura alargaba su torso y resaltaba sus senos, senos que habían mantenido su turgencia gracias a las nodrizas que habían alimentado a sus hijos de pequeños–. Sólo tengo curiosidad, nada más.

–Micheletto será de gran utilidad para nosotros. Y para nuestra seguridad.

–¿Desde cuándo no estamos a salvo aquí?

–No hablo de aquí, sino de Roma –contestó Rodrigo–. Debo preparar a nuestros hijos para el futuro. Sobre todo a César y a Juan. Ya tienen edad de que alguien les marque el camino. Si Inocencio VIII muere repentinamente, no quiero que nos pille desprevenidos. Dudo que su fallecimiento esté cerca, pero debemos aprovechar el tiempo que tenemos para preparar a nuestros soldados.

–¿Nuestros soldados? –preguntó ella en tono burlón–. ¿Y a qué ejército pertenecen nuestros hijos?

–Al ejército de los Borgia –contestó Rodrigo clavando los ojos en ella. El hecho de haberse visto arrastrado a una conversación

que llevaba años evitando lo había puesto a la defensiva—. Alguien tiene que enseñarlos a comportarse como hombres de verdad. A pelear, a defenderse, por si llega el momento en que tengan que hacerlo. Y, por encima de todo, tienen que aprender a cubrirse mutuamente las espaldas.

—Pero si son hermanos.

—¡No se comportan como hermanos! —exclamó Rodrigo—. Alguien tiene que enseñarles lo que es la lealtad. Lealtad incondicional y compromiso con el futuro que he escogido para ellos. Hemos tenido esta misma conversación infinidad de veces: Juan entrará en el Ejército y César en la Iglesia.

Al darse cuenta de que la conversación había adoptado un tono más serio, Vannozza tiró de la sábana para cubrirse los pechos.

—Entonces, ¿por qué contratar a un mercenario para que instruya a César?

—Hasta los hombres de Iglesia tienen que ser capaces de luchar. Nuestros hijos están demasiado consentidos. Hay que obligarlos a convertirse en hombres. A ser mejores.

—¿Mejores? —preguntó ella—. ¿Mejores que quién?

—Tienen que ser como toros, pero no hablo de los que acaban muertos en el ruedo. Me refiero a toros de bronce. Indomables, invencibles, inflexibles, dispuestos a cumplir su destino.

Turbada, Vannozza lo miró fijamente.

—¿Quieres convertir a nuestros hijos en monstruos? ¿Por eso has elegido a un monstruo para que sea su maestro?

Aunque sabía que no debía hacerlo, Vannozza había dejado que su ira aflorara y tuvo que ver como Rodrigo se levantaba de la cama, cogía sus ropas de un tirón y se vestía apresuradamente. Por su expresión se notaba que estaba irritado y su rostro se estaba tiñendo de rojo.

—Vannozza, te tengo en gran estima, pero lo cierto es que no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas en Roma. Yo llevo años trabajando en el Vaticano, que es lo más parecido a un manicomio, y he aprendido a conservar mi buen juicio. Y a mantenerme a salvo. —Enfadado, se volvió hacia ella—. Si de verdad quieres a tus hijos, entenderás que, si deseo endurecerlos, es por su propio bien.

–Ya, pero ¿por qué has elegido a Miguel de Corella? ¿Por qué él?

–¿Le tienes miedo?

–Tengo miedo por mis hijos, por lo que un hombre como él puede enseñarles –repuso Vannozza con solemnidad–. Por lo que puede hacer de ellos. Así que sí, lo admito, le tengo miedo a Miguel de Corella.

Rodrigo asintió.

–Es normal, todo el mundo teme a Micheletto. Precisamente ese es el motivo por el que lo he elegido a él. ¿No entiendes hasta qué punto es vital para afianzar nuestro futuro? Con su ayuda, cuando llegue por fin el momento en que Inocencio VIII deje vacante el trono papal, tendré a dos guerreros listos para servir al papa Borgia.